

recido en otro tiempo? Conviene fijarse bien; el parecido está en la consecuencia, en el desorden que se está fraguando. Pero la situación puede no ser análoga, porque si se está repitiendo una situación que ya se conjuró y que ahora se reproduce, es más grave que antes; tiene más hondas raíces y encuentra ya caminos trazados que favorecen su expansión. Además, en las personas que la motivan, si son las mismas de antes hay reincidencia, ya sea voluntaria o por debilidad de su fuerza de voluntad; pero es también más honda la raíz y tiene más vida el desorden que la primera vez que se inició. Es una situación análoga en sus efectos y manifestaciones, pero no en sus causas y motivos. La mujer percibe esta gravedad: se da cuenta y debe hacerle frente.

VALOR DE LA EXPERIENCIA DE SITUACIONES ANALOGAS

Efectivamente, la experiencia anterior tiene gran valor: *alecciona; sirve de consejo; orienta*. Pero mucho cuidado en dejarse llevar por ella y repetir la conducta de entonces. Si entonces, en aquellas circunstancias, y con personas que intervenían por primera vez, procedimos de aquella manera, hoy, en circunstancias distintas, ante personas que cedieron entonces, pero que reinciden en la actualidad, aunque el desorden sea análogo es evidente que no podemos proceder de manera análoga; no debemos actuar hoy de acuerdo con las circunstancias de ayer, sino en relación con las circunstancias actuales. No podemos copiar; es decir, sí podemos, pero no debemos. Hay que *adivinar, intuir* la solución adecuada y aplicarla de modo que siendo distintos los medios empleados produzcan el mismo efecto; cortar el desorden primero y restablecer el orden después.

Sólo así aplicada puede tener valor la experiencia de situaciones análogas. Pero aquí no puede terminar la conducta del ama de casa, de la madre de familia en relación con el hecho producido. Debe ordenar las cosas, en lo suce-

sivo, de modo que no pueda volver a presentarse el desorden anterior. De otro modo su acción no sería formativa. Conviene que rectifique su plan de vida familiar en previsión de que el nuevo desorden reaparezca.

Si debemos andar con tanto cuidado cuando aplicamos nuestras propias experiencias, no digamos los cuidados que se requieren cuando se trata de experiencias ajenas, de las madres, de las amigas o conocidas por referencias. Toda precaución es poca. Sirven, qué duda cabe, pero empleándolas con reflexión y analizando previamente las circunstancias que concurren en el caso actual. Una conducta de hoy, es muy difícil que pueda calcar otra conducta de hace veinte años. Una conducta para este país es muy difícil que pueda calcar otra conducta seguida en otras tierras. Una conducta adoptada por la madre, por una tía, por una amiga, es muy difícil que podamos adoptarla nosotras, que tenemos otro temperamento, otro carácter, otra manera de conducirnos. Una conducta valedera para los hijos de ayer, para con un marido de un tipo de vida determinado, es muy difícil que podamos calcarla hoy con nuestros hijos, que viven en un mundo distinto, con un marido actual, cuando tantos valores de antaño han quedado invalidados.

Todo esto debe ser considerado antes de aplicar una experiencia ajena a nuestra propia conducta. La ligereza en estas cosas podría llevarnos a fracasos irreparables.

No digamos, cuando tratamos de aplicar a nuestra propia casa, a nuestro Hogar, lo que vemos en el cine o leemos en las novelas.

Lo primero que debemos considerar es la deshumanización de los personajes del cine y de la novela. Son producto de un estudio y ajenos completamente a la realidad. Se amontonan en ellas lo mismo los vicios que las virtudes, y se les impone una determinada conducta; se crean las circunstancias que la justifiquen y los personajes necesarios para que el protagonista destaque.

En el cine y en la novela ocurre exactamente